

**Historia social urbana.
Espacios y flujos**

Eduardo Kingman Garcés, compilador

Historia social urbana. Espacios y flujos



Índice

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 323 8888
Fax: (593-2) 3237960
www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura del Ecuador
Avenida Colón y Juan León Mera
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 2903 763
www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN: 978-9978-67-191-7
Cuidado de la edición: Bolívar Lucio
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena
Imprenta: Crearimagen
Quito, Ecuador, 2009
1ª. edición: enero, 2009

| | |
|---|-----|
| Presentación | 9 |
| Estudio introductorio | |
| Lo urbano, lo social: la historia social urbana | 11 |
| <i>Eduardo Kingman</i> | |
| CIUDAD Y POBLACIÓN EN LA COLONIA | |
| Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Nuestra Señora de los Buenos Ayres: construcción del espacio urbano y social (1580-1617) | 37 |
| <i>Araceli de Vera de Saporiti y Gabriela de las Mercedes Quiroga</i> | |
| Notas para el análisis de los hogares del Buenos Aires colonial: el padrón de 1744 | 57 |
| <i>Sandra Olivero y Antonio Irigoyen</i> | |
| Vivir para morir en el hábito de San Francisco | 89 |
| <i>Carmen Sevilla Larrea</i> | |
| La cosntrucción de puentes en las ciudades latinoamericanas | 101 |
| <i>Dirk Bühler</i> | |

ESCENAS E IMAGINARIOS URBANAS

| | |
|---|-----|
| Identidad colectiva y cronotopos del Quito de comienzos del Siglo XX | 125 |
| <i>Ernesto Capello</i> | |
| Cenas urbanas: conflitos, resistências e conciliações no processo de modernização da cidade do Recife/Brasil nos anos 1920 | 139 |
| <i>Sylvia Costa Couceiro</i> | |
| “Em nome da cidade”: modernização, história e cultura urbana em Câmara Cascudo nos anos 1920 | 155 |
| <i>Angela Lúcia Ferreira e George A. F. Dantas</i> | |
| Los Bandos de Buen Gobierno y el ordenamiento de la vida urbana en Mérida, Venezuela: 1770-1810 | 173 |
| <i>Edda O. Samudio A</i> | |

ORDEN URBANO, POLÍTICAS POBLACIONALES, DISCIPLINAMIENTO

| | |
|--|-----|
| Ordenação Urbana: As transformações espaciais da República brasileira | 189 |
| <i>Valéria Eugênia Garcia e Maria Angela P. C. S. Bortolucci</i> | |
| Cárcel y sociedad en América Latina: 1800-1940 | 209 |
| <i>Carlos Aguirre</i> | |
| Cólera y Dengue en Lima al final del siglo XX y comienzos del XXI: salud y la cultura de la sobrevivencia | 253 |
| <i>Marcos Cueto</i> | |
| Beneficencia pública y privada en Orizaba, Veracruz, 1873-1911 | 273 |
| <i>Hubonor Ayala Flores</i> | |

SECTORES SUBALTERNOS, CIUDADANÍA Y EXCLUSIÓN

| | |
|--|-----|
| Más allá de lo mestizo, más allá de lo aymara: organización y representaciones de clase y etnicidad en el comercio callejero en la ciudad de La Paz | 293 |
| <i>Rossana Barragán</i> | |
| Orígenes de una Democracia Corporativa: estrategias para la ciudadanización del campesinado indígena, partidos políticos y reforma territorial en Ecuador (1925-1944) | 323 |
| <i>Valeria Coronel</i> | |
| Apuntes para una historia del gremio de albañiles de Quito. La ciudad vista desde los otros | 365 |
| <i>Eduardo Kingman Garcés</i> | |

Apuntes para una historia del gremio de albañiles de Quito. La ciudad vista desde los otros.

Eduardo Kingman Garcés

Estoy intentando escribir la historia del gremio de albañiles de Quito y a partir de ahí abrir otra posibilidad de lectura de la sociedad quiteña en la primera mitad del siglo XX. Para hacerlo me he basado en testimonios antes que en documentación de archivo. En realidad no se trata de una investigación decidida por mí. Fueron integrantes del gremio de albañiles (o si soy más preciso dos de sus representantes históricos: don Nicolás Pichucho y don Segundo Jacho, emigrante ahora en España) quienes me buscaron para pedirme que les ayude a escribir la historia del gremio. Habíamos tenido un primer contacto luego de una charla sobre técnicas tradicionales de construcción que dictaron en una de las aulas de la escuela de arquitectura de la Universidad Central, hace aproximadamente quince años. Al salir de la misma les hablé sobre lo interesante que sería hacer una historia del gremio, pero fueron ellos y no yo quienes asumieron esa idea muchos años después y me buscaron para que les ayude a llevarla a cabo. Ahora bien, escribir la historia del gremio (o para ser más precisos producir una versión escrita y procesada a partir de mi propio bagaje como historiador) se ha convertido en un serio desafío y un compromiso que desgraciadamente solo he podido cumplir parcialmente¹.

1 Me remito a los siguientes artículos “Viajeros y emigrantes, cultura y alta cultura: el gremio de albañiles de Quito se reúne en Madrid”. Gioconda Herrera, María Cristina Carrillo y Alicia Torres; “Patrimonio, políticas de la memoria e institucionalización de la cultura” en *Iconos* 20, septiembre de 2004; “Ciudades Andinas, mestizaje e hibridación”, en *América Latina, Historia y Sociedad: una perspectiva interdisciplinaria*, Barcelona. Raquel Piqué y Montserrat Ventura (2002). He incorporado testimonios sobre el gremio de albañiles y su relación con la ciudad

¿Pero que significa escribir la historia de un gremio? ¿Qué significa asumir esa historia desde una perspectiva contemporánea? Las historias del movimiento obrero que se realizaron hace tres décadas cayeron en desuso. En sus versiones más tradicionales, los albañiles al igual que los cargadores, jornaleros, vendedoras de mercado, podrían ser vistos como la retaguardia de los trabajadores organizados: se trataba de una población venida del campo, con preocupaciones más culturales que políticas y de orientación conservadora. Buena parte de lo que se produjo en esos años en investigación fue en la línea de una historia del movimiento obrero pero no de los obreros², por eso poco sabemos acerca de su composición social y étnica, sus relaciones cotidianas con el poder, sus conflictos culturales, sociales y de género³.

Es cierto que existió una línea distinta de trabajo, en la que se incluyeron Ibarra, Páez, Luna, Bustos así como registros documentales como los de Durán y Luna, que introdujeron otro tipo de cuestiones relacionadas con la economía y la cultura aunque con una perspectiva metodológica más sociológica que etnográfica. Es lamentable, por ejemplo, que dentro de esta importante corriente de investigación no se hayan recogido más que unos pocos testimonios del mundo obrero y gremial tradicional en un momento en el que la mayoría de actores estaban todavía vivos.

Pero el problema no es solo cómo dar actualidad a una historia de los trabajadores, sino saber si interesa o no volver a ensayarla ¿Cómo formular, en caso de ser necesario, nuevas preguntas sobre el mundo del trabajo que estén marcadas por los parámetros de la contemporaneidad antes que por los de la modernidad?⁴. Si seguimos la línea de la historia social y cultural la vida de los trabajadores va más allá de su organización gremial o sindical y abarca aspectos relacionados con la vida cotidiana, las

proporcionados por Don Nicolás Pichucho en el libro *La Ciudad y los Otros. Quito 1860-1940. Higienismo, ornato y policía*.

2 Para una discusión sobre los alcances y límites de los estudios sobre los obreros ver Sxilen (2002).

3 La posibilidad de una nueva historia obrera fue planteada en términos conceptuales por E. P. Thompson, Robert Darton, Garen Stedman Jones, Stuart Hall. Para América Latina han sido importantes los esfuerzos de Gabriel Salazar, Luis Alberto Romero, Elizabeth Quay Hutchison.

4 Me refiero a la creencia moderna en una continuidad y racionalidad de la historia, incluida la historia obrera. La historia tal como se la concibe desde una perspectiva contemporánea se orienta a una arqueología y una genealogía antes que una búsqueda de los orígenes.

políticas de representación y la producción de significados, sus horizontes mentales así como sus distintas formas de inserción dentro de lo que Beatriz Sarlo llama máquinas culturales.

Existe además una relación entre lo que busca un historiador con un trabajo de este tipo y lo que buscan los propios actores. Como historiador se me ofrecía una oportunidad: la de escribir una historia por pedido de los propios “informantes”. Sin embargo, a la luz de esta investigación, la propia noción de informante debería cuestionarse: la idea de que se trata de personas que responden pasivamente a las demandas del investigador o que pueden ser utilizadas por el investigador para producir un texto informado⁵. En este caso, son los “informantes” los que demandan la producción de una obra, tienen sus propias expectativas con respecto a ella, negocian con el investigador los términos de la obra y orientan la información en función de sus intereses.

Al comienzo me limité a registrar las historias de vida como si se tratara de memorias ubicadas en un tiempo lejano, que ya no existe; pero luego descubrí que sus preocupaciones con respecto a la historia estaban estrechamente vinculadas con el presente. Lo que estaba en juego no era tanto el pasado como los usos del pasado y eso estaba relacionado con temas actuales como los de la ciudadanía o con la lucha por el reconocimiento. Es por eso que mi investigación combina una perspectiva histórica con una antropológica y procura colocarse en una posición de diálogo con los actores; para intentar entender lo que les preocupa, les mueve y llena de sentido, asumiendo al mismo tiempo una posición como investigador y como persona frente a sus propuestas.

Se trata, por último, de un tipo de investigación que a la vez que nos remite al pasado nos relaciona con el presente y con el futuro. El trabajo de la memoria, a diferencia del de archivo, nos relaciona con personajes vivos, con un mundo propio y una historia y exigen del investigador una toma de posición y un compromiso vital, aunque no siempre está en condiciones de cumplir. Los textos que se han producido como parte de esta

5 Una rica discusión al respecto puede encontrarse en Blanca Muratorio (2005). Sobre las relaciones entre historias de vida y autobiografía del entrevistador ver el artículo de Kathy Davis “La biografía como metodología crítica” en *Historia Antropología y fuentes orales*, 30, Barcelona, 2003.

investigación, han servido de base para colocar en la escena pública las preocupaciones populares; más específicamente, las de los albañiles, sobre temas como el patrimonio, la diferenciación entre alta y baja cultura y los sistemas de exclusión-inclusión que operan en contextos urbanos. Al mismo tiempo, nos remiten a un juego entre el presente y el pasado, en parte imaginado o reinventado.

En esta ponencia, intentaré plantear algunas líneas interpretativas preliminares o –si se quiere– intentaré hacer un primer ensayo de organización de la información proporcionada por los maestros Nicolás Pichucho y Segundo Jacho y relacionarla con algunas de las hipótesis de mis investigaciones de largo aliento sobre historia social urbana. Existe una serie de cuestiones que se puede inducir a partir de la lectura crítica de documentos históricos y a las que no haré referencia por el momento. Sin embargo, si miramos esos procesos desde la memoria de la gente, la lectura puede ser un poco distinta. No solo vamos a poder ver la acción de los agentes, sino la relación de las instituciones y el entramado social. Algo que no aparece siempre en el material de archivo.

Cultura y privilegio

¿Cómo se organizaba la vida social entre 1930 y 1950? Por un lado el sistema de hacienda continuaba gravitando sobre la vida de Quito, pero por otro la ciudad en su conjunto estaba atravesada por la dinámica de cambios provocada por la ampliación y diversificación del mercado, el incremento de las rentas y el desarrollo de las manufacturas así como por el surgimiento de nuevos sectores sociales y de lo que en términos amplios podríamos llamar relaciones de clase. Todo esto dio lugar a una dinámica social y cultural que ponía constantemente en cuestión la hegemonía aristocrática, aunque sin poder superarla. Estamos hablando de un momento conflictivo en la vida de la ciudad ya que se había entrado en la modernidad, pero se trataba de una modernidad basada en el privilegio. El privilegio era una condición heredada que entrampaba el desarrollo social. Ibarra habla del nacimiento de una estructura de clase moderna, pero que se hallaba atrapada en el viejo lenguaje de castas de origen colonial (Iba-

rra, 1984). En realidad estamos hablando de algo más complejo; relacionado con la organización misma de las clases y con los hábitos, percepciones y relaciones cotidianas. El orgullo aristocrático marcaba las vinculaciones de las élites con el resto de grupos sociales y se expresaba tanto en las formas discursivas como en los comportamientos en público y en la gestualidad (Kingman, 2006).

Desde la sensibilidad popular el privilegio era percibido como discriminación y pérdida del respeto. “A nosotros nos discriminaban por la economía y por el apellido”. El discrimen era una condición social naturalizada. “Ser albañil, negociante de animales, vendedora de mercado era ocupar los últimos lugares en la escala social ya que eran consideradas ocupaciones de indios”⁶. Pero al mismo tiempo, la posibilidad de percibir esos hechos como discrimen ¿no era resultado de la propia modernidad? En todo caso, yo no sé si lo que estaba en cuestión era tanto el carácter estamental de la sociedad como la fisura de ciertos códigos que habían permitido, hasta ese entonces su reproducción social. Existe una narrativa que muestra esos momentos de quiebre:

Yo siempre buscaba dineritos para vestirme a mi gusto...Iba a ayudar a mis tías y me pagaban con fritada que luego corría a revender en las obras a los albañiles o a la salida del mercado. Con lo que sacaba nos íbamos al teatro o al circo, cuando había. En esa trayectoria nos controló mi mamá. Nos puso en la escuela Rocafuerte, no enseñaban nada y entonces nos pasó a la de Santo Domingo. Luego a mi hermano mayor le pusieron en la escuela San Andrés, donde terminó la primaria. Ahí es cuando le insinúan a mi papá que le pongan en el colegio San Luis Gonzaga, de los jesuitas... Es que mi papá hacía de todo, era de cabeza, rezaba en latín... Estaba empeñado en el estudio de los hijos. Se ha ido a hablar y con plata... porque en ese tiempo mis papases tenían plata... Al momento de inscribirle los jesuitas ven los apellidos y entonces se da la discriminación del apellido... ven el oficio... la discriminación del oficio... por mi mamá, por que maneja cuchillo de carnicera. Es por eso que nosotros no pudimos seguir en los estudios. Y es ahí que mi padre se encapricha y comienza a dañarse. Todos los días dizque bebía, andaba huraño. Tenía

6 Testimonio de Nicolás Pichucho, Enero de 2004

pena e iras, despecho, ya no iba a trabajar... La familia, todos, tenían una pena grande...⁷.

El discrimen es percibido como una forma de violencia simbólica; como ruptura de un orden moral o pérdida de sentido. Se trata de una narrativa del pasado pero que continúa operando de manera brutal sobre las percepciones del presente⁸. En oposición al discrimen está la lucha por el reconocimiento y por el respeto⁹. Al igual que el discrimen este opera en la vida cotidiana, como parte de una micropolítica. El reconocimiento es algo que solo se logra con esfuerzo a lo largo de toda una vida, del esfuerzo y del trabajo calificado, como en el caso del maestro albañil, y de una práctica honrada, así como de un don de gentes y una capacidad de intermediar en situaciones de conflicto. Como Don Nicolás afirma, al resumir su vida: “A mí no me ha interesado el dinero, sino el prestigio”. Se trataba de un reconocimiento individual, pero también social. Lograr que los arquitectos o el Municipio reconocieran la experiencia de los albañiles, por ejemplo, o demandar el respeto a la persona por lo que es y no por el apellido, formaba (y forma) parte de una lucha por formas de ciudadanía más inclusivas.

Me refiero a un conjunto de acciones, muchas veces imperceptibles, que no se libraban (ni libran) tanto en términos económicos como morales y que no necesariamente tomaban (ni toman) formas discursivas. Se trataba y se trata en parte, de una lucha sorda, desigual, a veces encubierta, ubicada en un espacio de intersección entre el presente y el pasado. “Nosotros somos los constructores de la ciudad, pero no nos han permitido participar en sus decisiones”¹⁰. El discrimen, como la vergüenza, forma parte de un habitus constituido históricamente, es el resultado de una

7 Testimonio de Nicolás Pichucho, Agosto de 2004.

8 Pierre Bourdieu recuerda que “de todas las distribuciones, una de las más desiguales, en cualquier caso, la más cruel, es la del capital simbólico, es decir, de la importancia social y las razones para vivir” (Bourdieu, 1992: 317).

9 Sobre esta temática ver la importante etnografía de Javier Auyero, *Vidas Beligerantes*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 2004. Auyero a su vez se inspira en Bourdieu y particularmente en sus *Meditaciones Pascalianas*, Barcelona, Anagrama, 1999. Sobre el mismo tema ver también Marisol de la Cadena,

10 Entrevista a Segundo Jacho, Noviembre de 2004.

condición colonial y neocolonial, pero además algo que se redefine en la vida cotidiana y en espacios específicos como los de la actividad constructiva, concebida como un espacio de disputas materiales y simbólicas. El reconocimiento es por eso tan importante, tanto en términos individuales como sociales. Segundo Jacho dice que la ciudad debería reconocer el aporte de los albañiles. Su lectura no es ajena a un campo de fuerzas en el cual la arquitectura y los “combates por la arquitectura” hacen las veces de metáfora social.

De acuerdo al gremio, la albañilería ha permitido el desarrollo de una serie de saberes prácticos, transmitidos de generación en generación, sin los cuales no va a ser posible desplegar políticas coherentes de rehabilitación de las áreas históricas. A diferencia de los arquitectos que se dejan llevar por sus intereses inmediatos, los albañiles y de manera específica los viejos maestros, serían los depositarios de la tradición urbanística y arquitectónica de la ciudad. Se trata de un problema técnico; pero también social, relacionado con una forma particular de percibir la cultura y las políticas culturales.

Podríamos hablar (parafraseando a Bourdieu) de una lucha por la acumulación de formas específicas de capital simbólico, cuya base son los valores y sentidos populares, así como una sensibilidad y una actitud especial ante las cosas. “Cuando destruyeron la biblioteca nacional dos personas lloraron: el maestro que participó en la construcción de la obra y Jijón y Caamaño”¹¹. Esto significa que existe una nobleza de espíritu que va más allá de las diferencias de clase o de origen y se manifiesta en determinadas circunstancias. Esto no quiere decir que se ignore o se trate de mundos distintos y separados; sino que existe un campo común o elementos de una cultura en común, que opera tanto en la vida cotidiana como en la política la misma, que puede ser asumida como hegemonía, pero que posiblemente responde a algo más que a un problema de hegemonía.

Dentro de la vida popular lo que cuenta es el reconocimiento, ya sea como maestro capacitado o como cacique, pero también como dirigente (o *dirigenta*) de los mercados, como una persona conocedora, como par-

11 Don Nicolás Pichucho se refiere a Jacinto Jijón y Caamaño, importante intelectual de las élites quiteñas.

tera, boxeador o comerciante exitoso. Todo eso hace que crezca el apellido, que se acreciente el prestigio, que la familia sea respetada, que se valore al barrio, al gremio, a la asociación. Esto está vinculado además con una reinención popular de los orígenes. Don Nicolás habla de momentos fundacionales relacionados con la formación de los barrios. Se trata de fundadores populares, contemporáneos al ciclo de fundaciones españolas y de las fundaciones republicanas (no habla de pueblos originarios, sino de fundadores de San Roque, de la Magdalena, de la Libertad, conoce sus apellidos, le molesta que la historia oficial de la ciudad los ignore).

Ahí donde la cultura ciudadana intenta establecer criterios de distinción con respecto a los albañiles, el gremio se empeña en mostrar la existencia de una *cultura del albañil*, tan importante como las otras, con sus propios códigos y contenidos, en condiciones de disputar un lugar reconocido en la historia de la ciudad. Los albañiles, particularmente los viejos maestros, han desarrollado, además, una relación extraña con lo que, desde las elites, la industria del turismo y la renovación urbana ha pasado a definirse como cultura pública: el ornato y el patrimonio. Se trata, en este caso, de asumir esos valores oficiales como un campo de disputa relacionado con otras memorias posibles, otros sentidos y gustos, así como con destrezas y saberes técnicos. El maestro Nicolás Pichucho habla de los albañiles y lo hace a partir de una memoria cotidiana y una reflexión sobre la memoria. Lo que estaba y está en juego es la posibilidad de que la *raza popular* (como él la llama), integrada a la ciudad pero menospreciada, pueda ser escuchada y respetada. Que sus opiniones, posiciones, puntos de vista con respecto al patrimonio, la organización y uso de los espacios, las políticas de la memoria puedan tener un lugar.

¿Cómo entender la cultura popular de la primera mitad del siglo XX?

¿Hasta que punto podríamos hablar de una cultura popular independiente en esos años? Yo veo algunos problemas a la vez que procesos paralelos:

1) En primer lugar, la formación de gremios y organizaciones estructuradas de manera corporativa y sobre la base de una cultura corporativa. En el caso de los gremios católicos, de los que formaban parte los albañiles, estos contaban con asesores, benefactores y benefactoras preocupados por

la cuestión social; los mismos que intentaban mantener una influencia sobre la vida del obrero y sobre su organización alejándolos de la influencia del ateísmo y del comunismo. Dictaban conferencias sobre la doctrina social de la Iglesia, el alcoholismo y la moral obrera. Además asesoraban a los trabajadores con respecto a sus derechos.

Al mismo tiempo, los gremios católicos participaban de una dinámica social intensa. Una de sus preocupaciones mayores era organizar la fiesta anual de su gremio. Aunque la sociedad quiteña había pasado por la revolución liberal y por el laicismo estamos hablando de un momento en el que el sentido religioso, concebido como goce festivo antes que como mortificación, era todavía generalizado. De acuerdo a don Nicolás existían verdaderas competencias entre los gremios por “el lujo y calidad de las fiestas”. Todos los gremios tenían un santo patrono y una banda de músicos que acompañaba las fiestas. Las bandas contribuían al prestigio del gremio. Pero además los gremios participaban en las fiestas de los barrios y de los mercados. “El barrio de San Roque, en particular, era barrio de albañiles y placeras por eso sus fiestas eran tan sonadas”¹².

Si esto es así estamos hablando de otra vertiente de la cultura trabajadora relacionada con el calendario religioso, pero también con ritos de paso como el nacimiento y la muerte, actos festivos como el Carnaval, las peleas de gallos, el juego de la pelota, espacios como los de las chicherías, los mercados, las picanterías y cantinas ¿Hasta que punto esto nos permitiría hablar de una *comunidad de fiestas* paralela y en algunos aspectos separada de los ceremoniales serios desarrollados por la Iglesia y por el Estado? Cuando pregunto a don Nicolás Pichucho si los años treinta fueron de crisis, me responde que no, que por el contrario fueron de boato. Una palabra que le gusta pronunciar y que se ve seguida por ricas descripciones de un mundo festivo popular, dispendioso y lleno de colorido. Esto entra en contradicción con la percepción de los higienistas como el Dr. Pablo Arturo Suárez que en esos años realizó un registro de las condiciones deplorables de habitabilidad y de vida de los obreros¹³.

12 Testimonio de Nicolás Pichucho, Agosto de 2004

13 Suárez (1934).

La investigación histórica ya había puesto en cuestión la idea de que los efectos de la crisis en la sociedad ecuatoriana hayan sido los mismos en todas partes. “La crisis reordena el escenario social y los diferentes grupos sociales responden de forma diferenciada y activa a ese reordenamiento” (Bustos, 2003:189). Bustos asume los puntos de vista de Maiguashca y Deler acerca del carácter desigual y regional de la crisis, para sostener que en el caso de Quito se vivía un proceso de diversificación económica que, combinado con otros elementos, condujo a dislocamientos de las relaciones sociales. Todo esto permite entender los procesos políticos y sociales de esos años como parte de una “crisis de autoridad paternal” (en términos de Maiguashca, citado por Bustos, 2003:120). Sin embargo, a partir de la memoria popular se puede descubrir matices que no aparecen en los documentos utilizados por los historiadores. Los testimonios no se refieren tanto a la dinamización de la industria, como de la economía popular. Don Nicolás nos describe las innumerables actividades en las que estaban insertos los sectores populares, tanto industriosas como de comercio y de servicios, así como múltiples formas de aprovechamiento de las oportunidades. “Había ilusión por los negocios”, me cuenta. Estas actividades se desarrollaban de manera independiente o semi-independiente de la economía formal y daban lugar a una ampliación y diversificación de las oportunidades de vida.

Por economía popular entiendo la que se desarrollaba por iniciativa de la gente trabajadora, y en estrecha relación con sus necesidades sociales y culturales, lo que no significa que se hallase separada del conjunto de la economía nacional¹⁴. Me refiero a una economía interconectada, basada en redes de relaciones y en ocupaciones e iniciativas múltiples, desde el comercio de animales, alimentos, leña, materiales para la construcción, hasta la fabricación y comercialización de peines, juguetes de madera, barro y hojalata, imágenes, tejidos y calzado barato. Esto suponía además un variado juego de relaciones entre el campo y la ciudad¹⁵. En términos

14 De la Peña (1980).

15 Al estudiar las estrategias populares para tiempos de crisis Martín de la Rosa señala que “la estrategia familiar es un elemento clave de supervivencia; en otras palabras, el individuo sin la familia no podría sobrevivir (...) La mayoría de las familias actúan en forma combinada para allegar más de un ingreso” En Tijuana, que es el caso que el autor estudia, a más del salario obtenido

culturales estos trajines callejeros tomaban, en determinados momentos, la forma de boato y consumo festivo. Ibarra mostró, a partir de información de archivo, la dinámica de esa economía en el caso de Ambato y Riobamba, pero lo interesante de los testimonios populares es que muestran la relación directa entre un tipo de economía y un tipo de cultura¹⁶.

2) Aunque existen muchos elementos culturales en común entre las distintas capas sociales, resultado, en gran medida, de la supervivencia de lazos patrimoniales, la tendencia dominante era la de la separación social y cultural. Esto no era resultado tan solo de las acciones de distinción y separación impulsadas por las élites y en parte por las clases medias (cuya expresión espacial sería la formación de barrios separados); sino de procesos generados, en sentido contrario y de manera paralela, por los propios sectores populares. En medio de la crisis de valores generada por la modernidad, estos intentan desarrollarse de manera, hasta cierto punto, independiente. Estamos hablando de una población que si bien provenía del mundo indígena estaba, al mismo tiempo, sujeta a un proceso de urbanización y mestizaje. O lo que es lo mismo: de formas culturales plebeyas que se nutrían tanto de elementos de origen rural como urbanos. En casos de familias como los Pichucho no estamos hablando de algo reciente; sino de una dinámica de formación de una cultura popular urbana que venía de mucho tiempo atrás. Que nos remite al tiempo de los *fundadores populares*.

No cabe duda de que durante esas décadas se estaban produciendo cambios importantes en términos sociales que influían en la forma de organización de la cultura. Fueron años de fortalecimiento de los sectores medios y populares pero en los que tenía todavía un peso una cultura aristocrática que al mismo tiempo que estaba atravesando procesos de des-

por uno o más de sus miembros, “otros miembros de la familia se incorporan activamente para aumentar los ingresos familiares. Las mujeres se emplean en la maquila o en el comercio, o bien, desarrollan actividades por cuenta propia, como tejer prendas decorativas, también los niños de edad escolar se emplean como vendedores de periódicos, o como limpiavidrios” (De la Rosa, 1990: 394) Un análisis histórico del funcionamiento de este tipo de economía puede encontrarse en Minchon, Martín, Minchon, Martín. “The People of Quito: 1690-1810: Change and Unrest in the Underclass, Boulder, Colorado: Westview Press, 1994

16 Sobre las relaciones entre urbanización, modernidad y cultura popular ver el estudio de Patricia Safa, *Vecinos y vecindarios en la ciudad de México*, Ciesas, México, 1998

composición (y posiblemente por eso) expresaba toda la fuerza de su violencia e imposición simbólica. Don Nicolás muestra en sus relatos momentos de relación entre las clases alrededor, sobre todo, de la religiosidad, las prácticas de beneficencia, los intercambios y tratos cotidianos, pero también un fuerte proceso de separación. Aunque continuaban re-produciendo lazos patrimoniales así como de dependencia y servidumbre, se estaban generando ciertas condiciones modernas, las mismas que se hacen evidentes a partir de su narrativa. Me refiero a la posibilidad de una existencia independiente o de momentos y espacios en los que se desarrollaba una cotidianidad independiente, en los que operaban valores, sentidos y relaciones propios, a modo de una suerte de comunidad de intereses, integración o identificación dentro de lo que don Nicolás define, de la mejor manera posible, como *raza popular*¹⁷.

Todo esto nos lleva a pesar que cuando nos referimos a la forma como se organizaban las relaciones sociales, étnicas y raciales en el Quito de la primera mitad del siglo XX, estamos hablando de algo mucho más complejo que cualquier clasificación estática. Oposiciones abstractas propias de la sociología histórica –como las que separan lo blanco-mestizo de lo indio y de lo cholo– no permiten dar cuenta de los movimientos reales de las identidades.

3) Los testimonios recogidos muestran, en tercer lugar, la influencia de una industria cultura incipiente cercana a lo que más tarde se dio en llamar cultura de masas. Me refiero al peso de la radio, el box, el juego de pelota, el circo, el cine mexicano en la vida de la gente. Es difícil diferenciar lo “propio” de lo “ajeno” en medio de ese proceso, pero sin duda la radio, la prensa o el cine contribuyeron, aunque sea de manera incipiente y rudimentaria (en la medida en que los elementos de la sociedad del espectáculo estaban aún escasamente generalizados) a la formación de una cultura popular moderna¹⁸.

4) En cuarto lugar está el surgimiento de lo que podríamos llamar una cultura popular letrada. Esta se desarrolló, en sus inicios, debido a la influencia de los intelectuales y benefactores católicos los cuales acuñaron el término “cultura del obrero”; pero finalmente asumió características propias al interior de los gremios y asociaciones. Don Nicolás Pichucho y de alguna manera don Segundo Jacho (mucho más joven que el primero) se cuentan, posiblemente, entre los últimos representantes activos de esa cultura popular tradicional.

La base de la misma radica en la organización corporativa y en el papel del maestro (o del dirigente afinado en una tradición) al interior de los gremios (así como de los barrios, asociaciones, mercados). Como dirigentes de un gremio (en buena medida reinventado) se encuentran permanentemente preocupados por el desarrollo de lo que ellos llaman la *cultura del albañil*, así como por el mejoramiento intelectual, moral y social de los albañiles. Su lucha no se mide tanto en términos económicos inmediatos como en una disputa simbólica por el reconocimiento. Diariamente revisan y archivan documentos (sobre todo de la prensa), hacen registros de lo que observan (así por ejemplo testifican la ausencia de condiciones de seguridad en la industria de la construcción o el irrespeto por parte de la municipalidad a las opiniones de los albañiles), intervienen desde el público en debates relacionados con el patrimonio y la ciudad.

Lo interesante de todo esto es que si bien defienden una tradición y forman parte de una tradición, se muestran favorables a lo que ellos mismos llaman “mejoras en el nivel de civilización”. Una de esas mejoras es, a su criterio, la educación del pueblo. Tanto para el maestro Segundo Jacho como para don Nicolás Pichucho la educación contribuye a superar las condiciones de discriminación “pero eso siempre nos han mezquinado”. La cultura, concebida como adscripción a una cultura popular letrada y a comportamientos civilizados opera en un doble sentido: como patrón de diferenciación al interior de los propios sectores populares y al mismo tiempo como objetivo estratégico para superar el discriminación.

17 “El gremio de albañiles y la raza popular” es el título de un artículo en proceso de elaboración. En el mismo intento seguir la pista a las reflexiones de Don Nicolás Pachucho sobre este tema.

18 Ver Dolores Juliano (2003).

Administración de las poblaciones y cultura popular

Esto mismo puede ser analizado desde la noción foucaultiana de gobernabilidad o de administración de poblaciones ¿Cómo se organizaba la administración de las poblaciones en esos años? Guerrero (2000) ha analizado al caso de la administración de las poblaciones rurales indígenas al interior de las haciendas y las formas de intermediación generadas desde el Estado una vez desaparecido el tributo de indios en 1857 ¿Pero que sucedía con los llamados barrios? Sabemos que en la primera mitad del siglo XX se dieron pasos importantes en la organización de la Policía, el sistema escolar, la seguridad social, la Policía civil y municipal, la salubridad pública. Se trataba de organismos centralizados del estado que intervenían en la vida de la gente, principalmente en las ciudades. Son años en los que el Estado desarrolla una preocupación por “lo popular”, por la inculcación de hábitos higiénicos, por el mejoramiento de la raza y por la llamada educación popular y en los que la propia Iglesia había buscado reorientar sus acciones; estableciendo un corte entre los comportamientos religiosos de la gente y la “auténtica doctrina”. Momentos en los que las elites establecían una fuerte diferenciación entre ellos y la plebe, que se expresaba sobre todo en el uso de los espacios, así como en la separación entre lo culto y lo inculto. Como he mostrado en otros trabajos, a las prácticas higienistas se sumaban las que se derivaban de los dispositivos de distinción y del ornato.

Sin embargo, en medio de lo señalado continuaron operando muchas de las formas corporativas de organización a la vez que de control de las poblaciones, no tanto como huellas del pasado, sino más bien como formas transicionales que a la vez que permitían, entrapaban o llevaban por sus propios derroteros la acción del Estado.

Los relatos registrados me permiten ver el peso que, hasta avanzado los años treinta, tenían los barrios, gremios y asociaciones y los caciques y maestros al interior de ellos. Se trataba, de algún modo, de dispositivos en los que el “Estado actuaba por delegación”, pero que permitían, a su vez, cierto juego en la vida social. En cuanto a los caciques, no me refiero a las comunas existentes en los márgenes de la ciudad como Santa Clara de San Millán, Lumbisí o Marcopamba, sino a barrios urbanos como San Roque,

el Aguarico, La Colmena, San Juan. Se trataba de algo que iba más allá del grado de diferenciación interna o de las diferencias de clase al interior de los gremios o de los barrios. Los caciques se ocupaban de la organización del servicio de los barrios y en particular del sistema de mingas, así como por el mejoramiento moral, el equilibrio entre los miembros y el prestigio de sus organizaciones corporativas. Pero además actuaban como intermediarios en las prácticas salubristas del Estado, en el control de las pestes, por ejemplo, así como de las acciones moralizadoras de la Iglesia y la Policía.

Existían elementos en común entre estos sistemas de regulación de la vida social urbana y los mecanismos que permitían el servicio a la ciudad por parte de las comunidades de indios aledañas a esta, pero no deben confundirse ya que en el caso de los gremios y los barrios estamos hablando de sectores populares afincados en la ciudad y relacionados con procesos de mestizaje y formación de barrios urbanos. El gremio de albañiles, por ejemplo, contribuía a las acciones desarrolladas por la Policía para detener la migración campesina a las ciudades. Miembros del gremio acudían a las plazas para ubicar a los *falsos albañiles* auxiliando de ese modo las acciones de la policía. “Los reconocíamos por las manos. El dinero que se recaudaban por las multas servía para construir un asilo de indigentes”¹⁹. Entre sus primeros internos estarían, más tarde, algunos albañiles. En otros casos, funcionarios de la policía, como el comisario Calero famoso por recorrer en una pequeña moto los barrios de los trabajadores, contribuían a la acción civilizadora de los gremios y de las organizaciones barriales.

Aunque existían instituciones estatales relativamente organizadas como la Policía, el Servicio de Salud Pública, estas no estaban separadas por completo de la población o de las formas organizativas que surgían de la población. Los caciques formaban parte de ese engranaje, sin embargo muchas veces utilizaban esos resquicios en beneficio propio o de su gente. Un peso parecido tenían los maestros de gremios como los de los albañiles, los matarifes, los canterotes y las dirigentes de asociaciones como las de los mercados (ubicados, todos ellos, en el imaginario de ese entonces, a medio camino entre la ciudad y el campo).

19 Testimonio de Nicolás Pichucho, abril de 2004.

Ellos actuaban como intermediarios entre las autoridades y sus asociados. Una función que nos remite a la época colonial pero que asume nuevas formas en la modernidad temprana²⁰. Aunque entre un maestro de un gremio y un aprendiz o una dueña de un puesto en el mercado y su dependiente podía haber muchas diferencias económicas esas no generaban grandes separaciones. Y es que al interior de la vida popular las diferencias económicas eran muchas veces fuente de reconocimiento y de prestigio ya que permitían desarrollar una economía simbólica basada en dones y contra-dones. Al mismo tiempo, elementos aparentemente secundarios (si se mira en términos macro) como la capacidad de expresarse en público, tomar decisiones o desarrollar una cultura propia formaban parte de lo que podríamos llamar un capital simbólico con patrones de acumulación populares.

Bibliografía

- Auyero, Javier (2004) *Vidas Beligerantes*, Buenos Aires: Universidad de Quilmes.
- Barragán Rossana (2005) “Maestras mayores en los mercados de la ciudad de la Paz: espacios organizativos y constitución de territorialidades” en *Mujeres y sociedad en la historia de América Latina, siglos XVIII-XXI*, Scarlet O’Phelan Godoy, Margarita Zerraga (Editoras), Lima: Universidad Católica del Perú-Instituto Riva Agüero-Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Bustos Guillermo (1989) *Gremios, sindicatos y política (1931-1938) transformaciones ideológicas y redefinición social de artesanos y obreros fabriles en Quito*. Tesis de Licenciatura, departamento de Historia, PUCE, Quito.

20 Rossana Barragán muestra las formas de gobierno propio y hasta cierto punto democráticas desarrollada por las vendedoras de mercado en “Maestras mayores en los mercados de la ciudad de la Paz: espacios organizativos y constitución de territorialidades” en *Mujeres y sociedad en la historia de América Latina, siglos XVIII-XXI*, Scarlet O’Phelan Godoy, Margarita Zerraga (Editoras), Lima, Universidad Católica del Perú-Instituto Riva Agüero-Instituto Francés de Estudios Andinos, 2005

- (2003) “La politización del ‘problema obrero’. Los trabajadores quiteños entre la identidad ‘pueblo’ y la identidad ‘clase’ (1931-1934) en *Ciudadanía e Identidad*, Simón Pachano (coordinador), Quito, FLACSO.
- Bourdieu Pier (1992) *Meditaciones Pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- Davis Kathy (2003) “La biografía como metodología crítica” en *Historia Antropología y fuentes orales*, 30, Barcelona: 153-172.
- De la Peña, Guillermo (1980) *Herederos de promesas. Agricultura, política y ritual en los altos de Morelos*, México: Ediciones de la casa chata, 1980.
- Durán Jaime (compilador) (1981) *Pensamiento Popular Ecuatoriano*, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, Quito, Banco Central del Ecuador.
- Herrera, Gioconda (et.al.) (2005) “Viajeros y emigrantes, cultura y alta cultura” en *La migración ecuatoriana, transnacionalismo, redes e identidad*. Quito: FLACSO.
- Ibarra Hernán (1984) *La formación del Movimiento Popular 1925-1936*, Quito: CEDIS.
- Dolores Juliano (2003) “Cultura y exclusión” en *Quaderns del Institut Catalán d’Antropologia*, 19,: 69-96
- Kingman Garcés Eduardo (2006) *La Ciudad y los Otros. Quito 1860-1940. Higienismo, ornato y policía*. Quito: FLACSO-Rovira i Virgili, 2006.
- (2005) “Viajeros y emigrantes, cultura y alta cultura: el gremio de albañiles de Quito se reúne en Madrid” en *La migración ecuatoriana, transnacionalismo, redes e identidad*, Gioconda Herrera, María Cristina Carrillo y Alicia Torres, editoras, Quito, FLACSO: 467-480.
- (2004) “Patrimonio, políticas de la memoria e institucionalización de la cultura” en *Iconos 20*, septiembre de 2004: 45-52.
- (2002) “Ciudades Andinas, mestizaje e hibridación”, en *América Latina, Historia y Sociedad: una perspectiva interdisciplinaria*, Raquel Piqué y Montserrat Ventura (editores). Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona.

- Luna Tamayo Milton (1984) *Orígenes del Movimiento obrero, el Centro Obrero Católico, 1906-1938*. Quito: Inédito.
- (1989) *Historia y Conciencia Popular. El artesanado en Quito*, Quito, Corporación Editoria Nacional.
- Maiguascha, Juan (1989) “Las clases subalternas en los años treinta,” *Revista ecuatoriana de historia económica*, 3:6, 165-1895.
- Minchon, Martin (1994) *The People of Quito: 1690-1810: Change and Unrest in the Underclass*, Boulder, Colorado: Westview Press,
- Muratorio, Blanca (2005) “Historia de vida de una mujer amazónica: intersección de autobiografía, etnografía en historia” en *Revista Íconos* 22, mayo 2005: 129-143.
- Páez Alexei (1986) *El Anarquismo en el Ecuador*, Quito: INFOC, Corporación Editora Nacional.
- Piqué, Raquel, Monserrat Buenaventura (comp.) (2002) “Ciudades andinas, mestizaje e hibridación” en *América Latina. Historia y Sociedad: una perspectiva interdisciplinaria*. Barcelona: Universitat Autònoma.
- Safa Patricia (1998) *Vécinos y vecindarios en la ciudad de México*, México: Ciesas.
- Sarlo Beatriz (1998) *La Maquina Cultura*, Buenos Aires, Ariel.
- Sxilen B. Ek (2002) “La misteriosa clase obrera” en *Historia, Antropología y fuente oral*, 27, Barcelona:135-147.
- Suárez Pablo Arturo (1934) *Contribución al estudio de las realidades entre las clases obreras y campesinas*. Quito: Imprenta de la Universidad Central.